

LUPE, LA DE ALTOTONGA

NIÑEZ Y ADOLESCENCIA

Carlo Antonio Castro

“Leí con sumo interés —y más que interés: gran admiración— el bellissimo relato de Lupe... Me he quedado asombrado de la belleza poética del lenguaje, poesía como la de Homero o del *Popol-Vuh*, muy superior a gran parte de nuestra literatura culta contemporánea latinoamericana, que muchas veces ha querido ser popular como esto y no lo ha logrado. Y viene una muchacha india y con toda naturalidad lo logra, mucho mejor que nosotros...”

Ernesto Cardenal

Antioquia, Colombia, 27 de marzo de 1963.

Niñez y adolescencia de Lupe

1

Mi congregación se llama Olocuilta. Tiene al norte la congregación de Malacatepec; al este queda Temimilco; al oeste, Xilita Piedras, lugar muy arenoso; al sur el límite es, más bien, el río de Bobos.

Mi tierra es un pequeño valle, rodeado de montañas. Sólo hay una parte que es terreno cultivable, y el resto son tierras muy feas, *tixcalares*; la vega, se dice la parte buena. No todos los habitantes son de allí: llegan procedentes de Chichicapa, Juan Marcos, La Venta, Isictic. Van a sembrar maíz... Esperan la cosecha y se regresan; todos hablan mexicano.

Hay otras gentes que llegan a Olocuilta, trabajan en una hacienda, van a Alto Lucero, Zapotitlán. Son matones, de la región del aguardiente; son cañeros, que van a enviar mulas, arrieros... Son intolerables, porque si ellos están en algún lugar, tomándose un refresco, y usted no los saluda, lo matan... Los pleitos con los fuereños son por docenas, y casi siempre hay muerte, hasta niños se han cargado. Los fuereños son de Alto Lucero y de Zapotitlán, gente muy “valiente”, de entre los arrieros. Eso pasa, eso es lo que se oye... Cuando alguno debe algo, se esconde en Olocuilta. Como Olocuilta está retirada, *áhi* se están, hasta que pueden regresar.

Mi congregación está en el municipio de Altotonga; la hacienda de La Herradura está cercana, a unos quince minutos. A la orilla del camino, pasan los arrieros, y siempre se ve cuándo hay uno nuevo. Por ese camino pasan los muertos, los heridos,

los enfermos. Vivimos en una encrucijada: un camino va a Malacatepec, el otro a Tetla, pasando por La Herradura. El de Malacatepec sigue para Tulancillo, San José, El Quemado, Comales, La Concordia y El Tunal, congregaciones también, pero no sé si son también de Altotonga. De Malacatepec, a la izquierda, hay un camino para Arroyo Negro y Plan de Arroyos.

Hay *unas veinte casas** en mi congregación; tienen techo de zacate de caña, unas; otras, techos de encino, de guayabo, de tesguas, de madera, de tejamanil. Las de zacate tienen al frente un caballete, que cubre una entrada de aire, para que la lluvia no moje el interior. Las cercas son de palos rollizos, de guayabo o de encino, de naranjo o de chalahuite, de *sangregao*,¹ de chaca, palos amarrados con bejuco. Las puertas son angostas, chaparras, una en la parte de enfrente.

Casi siempre tiene la casa dos cuartos y una troja. En la troja se guarda el maíz. Los cuartos están separados por latas horizontales, palos atravesados, que forman paré.

En el primer cuarto está un brasero, que tiene un *tecuile*, con tres *tenamastes*² y, junto, un cajete con *chiltemolo*.³ Se ve una olla, y es para el *nixcome*.⁴ Además, hay una tablita, en un rincón, para los trastes, cucharas, *tamototes*,⁵ cuchillos; a veces el *tapixcón*⁶ puede que se vea, pero no siempre. Ahí están las sillas de madera y tule, una mesita; en un rincón está un cajón para acomodar los platos, jarros y tazas.

El piso es de tierra, parejo. Las casas tienen un corredor; para dar sombra, el techo se sostiene con horcones, sale fuera de la paré; ahí se cuelgan azadones, fruta. Abajo se acomoda la leña, afuera se dejan calabazas. El comedor está en la parte de atrás.

En el otro cuarto, el piso es también de tierra pareja; en una esquina está un petate enrollado, frente a un cajón largo, tapado, donde se guarda la ropa; en la otra esquina está un altar, con una estampa de la Virgen.

Las gentes de la orilla del camino tienen su *despachito* de refrescos: manzanita, dulces, cacahuates, aguardiente a treinta la copa. Esto es lo que más se vende, viene del alambique de La Herradura. También tienen sus cervezas. Todas estas cosas son para los arrieros o los caminantes que vienen desde La Concordia, cerca de Tatatila. Esos señores hacen sus compras en Zapotitlán: telas, riatas. De Olocuilta a La Concordia hay un día de camino; esos caminantes suben una cuesta tremenda, y en nuestro valle tratan de descansar lo más posible. Tienen más dinero y toman de lo bueno; en cambio los campesinos se beben el aguardiente vil, como sale del alambique; son los mismos campesinos que se crían entre el *pelillo*.⁷

2

En la casa donde yo viví, los cuartos están separados, como casas distintas. La

* Número indefinido que no corresponde a los datos del Censo [C.A.C.].

primera casa es un cuartito donde se vendían cosas: refrescos, jabón, dulces, galletas. Luego sigue otro cuarto de madera, con cerca de tablas de cincuenta centímetros de ancho, separadas para que haya luz; techos de tejamanil y de pino; a la entrada, la puerta ancha, como de un metro; una mesa de cedro, unas sillas chaparras de madera y tule; la de asiento más grande la ocupaba mi abuelito, al que yo le decía papá; se sentaba al extremo de la mesa, y a la derecha de la silla se ponía un trapo blanco, colgado de un clavo de la cerca, que sólo él ocupaba para limpiarse las manos.

A la izquierda había un cajón, también de cedro, con cuchillos distintos, anchos, cortos y largos, con cachas de cedro: el largo y puntiagudo para matar toro; el corto y ancho para matar cochino. Arriba había una cajita de cedro, y en ella él guardaba, sin llave, dinero, recibos... Varias moneditas no eran para hacer compras, eran antiguas, lo mismo que billetes que ya no servían. Algunos sí valían, pero él no los ocupaba.

De una solera se guindaban los racimos de plátano. Al centro de la cocina, un gancho para colgar la canasta donde se ponían las tortillas; un alambre de cobre, protegido en lo alto por una jícara al revés, sostenía el gancho.

Teníamos un brasero grande, como cajón; para levantarlo se le metieron *canteras*;⁸ debe haber tenido de altura como metro y veinte centímetros; de largo, dos metros y medio, y de ancho, uno y medio. Tenía arriba un tecuile, tres tenamastes de piedra de agua, que duran siempre, hasta que uno se muere; se los había regalado mi abuelo a mi abuela, cuando se casaron; todavía están porque ahí los está usando la mujer de uno de mis tíos. Allá se dice, en Olocuilta, que cuando un hombre regala tenamaste “ya estuvo que se murió junto con la mujer”... porque se casan. El que regala tenamaste busca mujer.

Guardábamos panela en un cajón, y en otro, cerca de la lumbre, la sal. En dirección del fuego estaba un *huile*,⁹ para la *cacala* y los *chiltepines* secos. Atrás de ese brasero a un lado, había una ventana que daba al arroyo.

De ahí se veía el cafetal, la milpa; el moro, dos matas de rosa: una roja, otra roja oscura. Junto a las rosas, en el mes de agosto, maravillas que salen por la tarde, rojas, blancas, amarillas, con olor a miel; las rosas estaban separadas por un caminito; al otro lado del arroyo había un monacillo, papayas silvestres. Ahí estaba amarrado nuestro cochino, escarbando. Más hacia abajo, café... matas floreado, o café maduro, según el tiempo. Toros amarrados. Junto al moro, un caballo flaco, ¡quién sabe de quién era! Cerca de la ventana, una *ubandelia*¹⁰ enredada en un naranjo y una chaca, no se le veían las hojas porque tenía mucha flor. Me gustaba quedarme viendo.

En el cuarto había otras cosas más. Un molendero, sostenido por canteras; encima, dos metates, uno grande y fuerte, de mis abuelos, y otro, el mío, que todavía tengo: mi abuelo lo encontró en la milpa, era de los antiguos. En el lugar libre del molendero teníamos ollas y jarros. Había un cucharero, para cucharas de madera y peltre, y dos cajones para los platos.

En la troja, de madera, guardábamos maíz, costales, aparejos, yugos, punzones, hachas, arados, reatas. Ahí se echaban las gallinas *culecas*, que iban a sacar pollos.

Y las otras dormían en un moro. Los *xolocos*¹¹ se llevaban las gallinas... Había que levantarse por la noche, para matarlos, pues chillaban las gallinas y ladraban los perros... Había muchos nidos cerca; hasta de día los mataban los perros; no era raro ver a un xoloca cargada de xoloquitos.

• Además de los xolocos, otros animales de daño eran, y claro que son todavía, el mapachín, el tejón, la oncilla, la zorra gallinera. El mapachín se come los elotes, y con el xoloco es azote permante: gallinas y elotes, ¡son buenos ladrones! El tejón se chupa y se lleva el café; la zorra también se lleva los pollos, cuando está criando hace escándalo, si no, ni se aparece. El tordo saca el maíz cuando se siembra: hay parvadas que hacen su nido en los *jinicuiles* y en los pinos, y ahí duermen y bajan por la mañana; los niños los matan con ondas. El gavilán carga con los pollitos. El *lislí*¹² es un pajarito chico, como el gavilán, muy chillón, que también arrea con los pollos. Y otro azote, de animalitos chicos pero duros, en la milpa, es la rosquilla, la gallina ciega, el *tachi*, un gusanito verde.

La última casa estaba dividida, con tablas. Tenía una puerta amplia, y una ventana en el último "cuarto". En el primero, un altar con santos y un cuadro de la "Última Cena". A la izquierda unas dos latas de manteca, con tapas de madera, y costales de maíz desgranado. El otro cuarto tenía un *sarso*¹³ con un cajón grande, con libros viejos. Abajo, un cama hecha con una tabla de cedro y una de pino, sobre ellas un *petate*, sobre el petate dos cueros de borrego, grandes, blancos; una *cabecera*¹⁴ grande, llena de lana, y encima una tela gruesa, blanca, con florecitas bordadas en las orillas. Una cobija grande de lana, una sábana de color. En la cama dormían mis dos abuelos.

En la otra esquina, una *ortofónica* para tocar discos: cuadrada, con patas, de un metro de alto, con su tapadera y su cuerda. Recuerdo que teníamos el vals *Sobre las olas*...

En otro de los rincones, un petate enrollado con su sarape, algodón de colores, una cabecera: ahí dormía yo. En mi rincón estaba un espejo, un cajón grande para la ropa. Junto a la ventana, una máquina de coser "Singer".

Los demás de la casa dormían en la troja. Uno de mis tíos, casado ya, su mujer y su niño. Del otro lado del camino vivía otro tío, casado también, sin hijos. Un tío más chico dormía en el changarrito, tenía su cama con petates y lo demás.

No sé si mis abuelos conocieron a mi papá. Yo siempre los vi a ellos. No sé nada de mi padre.

3

No sé cual sea la edad, recuerdo que iba con mi abuelita a lavar a un pozo. No era río, lo sé bien. Mi abuelita y las mayores se ponían a platicar. Luego me iba a un arroyo, a pescar bobitos; después, me hablaban para que recogiera la ropa, para tenderla y asolearla. Me daba hambre, me dormía. Ya muy tarde, regresábamos a la casa. Yo tenía hambre.

Cuidaba yo la milpa, la siembra... para que no sacara el maíz el tordo; después me daba mucho sueño; y cuando veía, ¡estaban todos los tordos abajo! Tenía yo una onda y les tiraba piedras; me cansaba y me iba a un platanar que estaba cerca; le quitaba los retoños a los plátanos, salen unas figuras muy bonitas; entonces, me acordaba de los tordos, y volvía a tirarles piedras. Luego me iba a hacer ramitos de begonias de color rosado. Hacía mis ramitos, y me llamaba mi abuelita a comer. Ya era tiempo. Comía huevo asado. Me gustaba.

Luego tapizcaba mazorca, la desgranaba; soltaba el cochino, me ponía a comer limas, y el cochino llegaba antes que yo... ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Para que no molestara, lo amarraba. Desgranaba el maíz. Volvía a amarrar el cochino, y le daba el maíz a mi abuela. Luego recogía el *totomoxte*¹⁵ para dejarlo fuera, para las vacas.

En la mañana iba yo a traer agua al pozo, para el atole, al Agua Dulce. Y hacía el atole mi abuela, y se iba a dejar de comer a mis tíos. Como yo no tenía sentido del tiempo, salía a cortar capulines, capulín santo, y me regañaban. En vez de ir... por el camino de arriba, me iba por un terral, abajo, para ver las ardillas. Me ponían una buena... Corría... Al regreso buscaba nidos de palomas. Me volvía a regañar mi abuela.

Después, ya más grandecita, bueno, ya a esa edá, me mandaban a recoger café... Hay que quitarle la cascarita... Muchas mujeres cortaban café, y a mí me gustaba ir a cortar, nada más que me regañaban, no ellas, sino mi abuelo que andaba por ahí, deshierbando. A veces no se daba cuenta y yo me iba a buscar nidos, a los *cafés*. ¡Y ya me hablaban para ir a comer!

Yo terminaba, él se quedaba, pero me mandaba a recoger café. Y me iba a cortar naranjas... Lo veo pasar, y me voy, corre y corre, a un lado de su camino, para llegar primero; me metía a una troja para que no me viera y me regañara. Pregunta mi abuelo por mí, no le dan noticia porque no había regresado. Pero cuando salgo de la troja y llego, me pegan con varas de moro, para que ya estuviera mejor. Y luego, ¡a lavar trastes!

Más grande, podía aguantar café para sacarlo a asolear; lo llevaba por canastas, para extenderlo. Había un *chacuaco*,¹⁶ el chiste era bajarse por ahí, por la emoción; luego era fácil brincar, hasta llegar al hule, un árbol, donde había mucho *acahuale*;¹⁷ al regresar hay una chaca, y le quitaba cascaritas. Había un subterráneo, y me pasaba por enmedio; había *choloquitos*,¹⁸ y los cortaba; otra chaca, y la veía, y había un horno de pan, muy alto. Se me iba el tiempo.

Regresaba, ¡y me volvían a dar otra, con moro, para que se me quitara lo entretenido! Iba a asolear la ropa. Regresaba tarde porque había un pino que me gustaba ver... ¡Y otra regañada!

Me ponía a mortear café, pero con dificultades, porque el mortero pesaba mucho. Lo harneaba. Me subían en un medio almú para que alcanzara el brasero. Sacaba mi cazuelo.

En el patio había una *lima de chiche*, bajaba una, me la comía. Ya después me iba a dormir. Y dormida, yo creo, me levantaba, porque no amanecía, donde me acostaba,

sino en otro lado; en vez de ir a la puerta, iba a otra parte, me volvía a acostar.

Arriba de donde vivíamos había vecinos, de un lugar que se llama Isictic. A la señora nadie la quería, por tremenda. Mi abuela la odiaba. Esa señora tenía dos hijos, niña y niño; la niña era más grande que yo, quizá de once años; yo tal vez tenía seis, porque todo se me caía de las manos. Yo a la muchacha, a la chamaca, la veía muy gorda, era güera; la señora era flaca y fea, nunca se peinaba. La chamaca jugaba conmigo, con flores de calabaza y con papeles de chicle. En su casa había guayaba rosa, pero a mí no me dejaban ir, sólo hasta una barda llegaba. Le pedía guayabas, una sola, y no me daba nada; si le prometía una moneda, me traía guayabas. Yo se las cambiaba por monedas grandes. Me vio mi abuela y me pegó por eso.

Me empecé a preguntar por qué mi abuela no me dejaba platicar con ellas, tampoco con su mamá: empecé a verlas como algo malo. Cuando iba a traer agua al pozo, la chamaca venía conmigo, y un día nos encontró mi tío, y me regresó a nalgadas. Cuando iba a ordeñar una vaca, nos íbamos juntas y jugábamos a hacer tamales, con hojas de *jomequelite*. Estaba entretenida cuando va llegando mi abuelito, y ¡otra santa paliza! Y no me explicaba nadie por qué. Dejé de hablarles porque me pegaban mucho.

Me ponía a hacer dibujos en la tierra; o me iba a un paredón y hacía casitas, o algo así, prensando la arena. Hay un lugar que le decían toril, que yo quería imitar. Lo hacía con arena, juntaba las piedras pómez, le dejaba su puerta.

Me acuerdo que con la luna se ponía la noche muy bonita... Había café afuera, en costales; yo me sentaba en los que estaban a medio llenar. *Los temalcuahuis* brillaban en la noche: parece que están flotando sus hojas; luego, como no me veían, yo me iba al arroyito; y para eso ocupaba las piedritas, las tiraba al agua, y la luna caminaba en las ondas; pero cuando chillaban las ranas me daba mucho miedo, y no sabía por qué; regresaba a donde veía flotar los temalcuahuis. Yo decía que jugaban.

Y se veía así: azul, azul, tan azul... No era azul, ¿qué cosa era? Es que yo veía a la claridad de la luna tan bonito, pensaba por qué el día quemaba tanto, y la luna, en la noche, no.

En la luna encontré la cara de una niña. Le pregunté a una mujer, casada con uno de mis tíos, por qué estaba esa chamaca allí. Me dijo que no la molestara: “¿Cuál niña? ¡Esa es la luna!”

A veces la luna no era completa, sino a la mitad: “¿por qué se esconde? Parece semilla de calabaza, parece *erizo*¹⁹...” Y resulta que cambiaba, porque sólo era un pedacito. “¿Será otra?” Y le decía a mi abuela: “¿Cuántas lunas hay en el cielo?” “Sólo una...”, me contestaba. “Pero anoche era otra”, le decía yo.

Las chicas, que hacían mucho ruido, me llamaban la atención. Pensaba en los montes. “¿Qué hay detrás? Si fuera yo caminando y llegara muy alto, ¿que vería del otro lado?” Mi abuelo hacía rozas para sembrar chile, sandía, jitomate. Allí no se da el jitomate, pero él sembraba. Una vez había venido mi abuelo a Altotonga, y yo aproveché para ir a ver la roza. Todo estaba quemado. Había pajaritos, rojos, amarillos, palomas muy bonitas. Y que voy, y empecé a caminar para ver qué cosa

había. Tierra suelta, fea; se oía el ruido de un río. Fui hasta el bordo, y vi hasta abajo... ¡Qué susto! Un ruido eterno se me quedó colgado. Regresé. Mi abuela me preguntó por qué tardé tanto. No le contesté: traía el miedo del río.

Mis tíos llevaban camarones. “¿Cómo vienen?”, les preguntaba. “Del río.” En ese tiempo trajeron una ardilla. Yo la cuidaba mucho, me encantaba; era gordita. Al crecer, me mordía y ya no me gustaba, pero no quería que se me fuera, la encerré en un cajón. Un día, para poder lavarlo, la metí en un morral que puse en un poste. El animalito se movió y se cayó al agua y se me ahogó. ¡Ay, mi ardilla! Ya no me volvieron a gustar las ardillas.

Mi abuelito compró unos periquitos, y *áhi* andaban, comían nixtamal. Una vez me dijo mi abuela que íbamos ir a Teminilco, hacían una fiesta. Muchos niños, tulipanes, mujeres, muchas mujeres. Regresamos a buscar los pericos, no habían entrado. Al día siguiente busqué por el *tecorrál*:²⁰ sólo las plumas estaban, se los comió un gato.

Después traje de Arroyo del Muerto unas palomas. Vi el nido y estuve pendiente: cuando tuvieron plumas las traje. Pero no tardaron... Se las comió un perro callejero.

Tenía sueños muy feos. Como oía decir que cuando uno no se porta bien, se lo lleva el diablo, y yo lo quería conocer cómo era, me portaba mal... “¿Cómo es el diablo?” A las que cortaban el café, así les decía. Se asustaban: “¡Ave María Purísima! ¿Qué estás diciendo?”

Tenía un primo menor que yo, de unos tres años, y no le podía preguntar. Lo llevaba de la mano a buscar a su mamá. A ésta le preguntaba: “¿Cómo es el diablo?” Y ella me decía: “¡Te voy a acusar!” Pero a veces la oía platicar con mi abuela. El diablo tenía cuernos, lumbre, cola. Decían: “Si Dios no existiera, ¡pobre de nosotros!, no estaríamos aquí; estamos porque Dios nos cuida. Dios se lleva las almas buenas y el diablo se las quita.” Pero yo dije para mí: “Si son tan buenas, ¿por qué se las quita el diablo?” Luego les dije esto mismo a ellas. Me dieron en la boca y me reventaron el labio.

Soñé que el diablo se paraba en la puerta y bailaba, detrás estaba la lumbre. Era flaco, su cola como la de la vaca pero roja, su cara de cabra. Pero yo tenía curiosidad por verlo. Despierto, y le digo a mi abuelita: “¡Ahí está el diablo en la puerta!” Ella buscó un candil y lo dejó encendido; volví a dormirme.

Un día soñé que me iba siguiendo un toro. Yo quería correr y no podía. Despierto y *estaba dormida*. ¡Ningún toro había!²¹

Fui a cortar pimienta para la comida. Una vaca estaba amarrada, con gasa; jalé la gasa y la solté, y me siguió de veras la vaca, perdí la pimienta... la tuve que buscar otra vez; pero me fui por el otro lado.

distinta del cuadro, muy buena. Me decía que si quería jugar, y tuve con quien jugar. Despertaba, y no le decía nada a los demás. Yo trataba de pensar cómo podía ser un ángel. “Alas y cuerpos”, decían. “No puede ser”, decía yo. “A la Virgen yo la vi, y tenía cuerpo y se movía.” “¿Por qué los ángeles tienen alas?” No creía eso, lo decía, y me regañaban; siempre me pegaban.

Arriba había un platanar; luego, un tanque grande. Tomaba mucha agua y me dolía el estómago. Bajaba y había quelite morado; pasaba a cortar para llevarlos, calabacitas, para comer. Mi abuelita freía los quelites.

Oía cuentos. Decían que *áhi* en el cañal salía un hombre convertido en gallina blanca. Hacía igual que una gallina. Se llamaba “el Viejo”, y ese viejo ahí vivía. Y una vez yo iba al arroyito a traer el agua, cerca del cañal. Y sale una gallina, moviendo las alas, y dice: “¡Yo soy el Viejo!” Lo había oído tanto, que así pasó en ese rato. Y empecé a aceptar que existía el diablo y que existía Dios, y me volvía más obediente, y hacía todo lo que me decían. Me convencieron, y ya se me quitó la costumbre de ver bailar el temalcuahuil en la chaca.

Mi abuela se iba y yo me quedaba a recoger bellotas, hojas, bejuquitos; o cuando iba con ellos, mejor me adelantaba porque ellos platicaban solos y no me contestaban lo que les preguntaba, ni mi abuela, ni mi abuelo, ni mis tíos. Pero yo oía todo lo que decían: que en las noches andaba la Llorona, que aullaba en los potreros. Y menos todavía quería ver los temalcuahuis. Y pensaba: “¿Por qué se pondrá oscuro?” Antes me gustaba; entonces me quedaba despierta. Oía pasos. Y se refan. Decían: “¡Ven!” Y los arrieros gritaban: “¡Mulaaa!”

Un día dice mi tío, oí yo: “¡Vengan!” Me levanto, y no hay nadie. En mi rincón, me acosté con miedo. ¿Quiénes caminan, si no hay nada? Por la mañana, les pregunté: “¿No oyeron anoche que iba gente?” Dijo otra tía, la que dormía en la otra casita: “Sí, es que el rey del cerro baja en la noche.” Contaba historias largas y pesadas de un rey, pero yo le decía: “Bueno, ¿y que arrienda mulas?” Se enojaba: “¡No, ésos serían los arrieros!”

6

Mi abuelo no era chaparro; era delgado, flaquito, narigón, de ojos grandes y verdes, claro, de pelo chino. Cabeza pequeña, frente amplia... Parecía calvo, pero no era por falta de pelo, sino que así había sido desde chico. Lo debo haber conocido a la edad de los setenta años. Se enojaba mucho cuando no salían bien las cosas. Tenía una voz agradable. Hablaba mexicano y castellano. Le gustaba que el patio de la casa estuviera limpio, que la milpa se cultivara bien. Sembraba maíz, frijol, chile verde, chiltepín, calabaza, plátanos. Le gustaba la variedad. *Recogíacitalillo*, tomate *xaco*.

Los animales del monte le gustaba que se criaran en la casa: las palomas, los tejones. Le gustaban las plantas, flores, dalias, camelias. Pero había de monte también:

gallitos morados, blancos, rosados; lirios blancos, amarillos; le gustaba sembrar todo eso en el tecórral.

Le gustaba que uno estuviera limpio siempre; que nunca se acostara sin lavarse los pies, con agua tibia. Fumaba en hoja de maíz: Era muy alegre cuando estaba de buenas; si no, ni quien se acercara. Bailaba el Zapateado, el jarabe, el torito... A veces decía bombas. Con él aprendí, el jarabe, varios jarabes. Quería que uno supiese bordar su ropa, que una mujer se diera cuenta del trabajo del campo sin que tomara forma de marimacho, que se comportara como mujer donde quiera que estuviera.

Contaba chistes. No estaba corcovado por los años, sino derecho. Miraba seguro. No era cariñoso ni partidario de tener hijas mujeres, por eso no me quería mucho. De todos los hijos que tuvo, sólo hubo una mujer. Los demás fueron varones. Quería que todos supieran leer porque él no sabía, y eso le había costado... Siendo muy chico se le murió su papá, tuvo que trabajar en una hacienda, sufrió mucho, sin poder defenderse mejor.

Allá en la hacienda conoció a mi abuela, que se llamó Teresa, y era de ese mismo lugar, aunque su mamá venía de Chichicapa. La señora hablaba mexicano y también Teresa, que era sirvienta en la hacienda. Se casó con ella en Altotonga, por la iglesia. Contaba que le había comprado *cachimira* para su vestido, ¿no sé qué es eso, yo no la conocí! Bueno, tuvieron varios hijos, la mayor parte gemelos: los primeros, varones; los segundos, varones; las terceras, gemelas mujeres. Las gemelas se murieron a los ocho meses, de sarampión; después nació una mujer; de ahí siguieron varones.

El dejó la hacienda cuando empezaron a nacer los hijos, y trabajó por su cuenta. Cuando fueron grandes, los llevó a que estudiaran en Quetzalan; cada ocho días les traía su ropa arreglada. Aprendieron a leer, y de ahí no pasaron. La hija llegó a cuarto año, y se regresó; mientras estudiaba había entrado a trabajar. Al poco tiempo iba a tener un hijo, a los dieciocho años. Aunque vivió en su casa, el abuelo del que iba a nacer, no quería verla...

Nació la criatura, una niña, por fin. La abuela nerviosa, pensando que algo fuera a pasar, no hallaba qué hacer. Pero, en fin, a la luz de una luna muy crecida, cortó el cordón. Como no había preparado ropa para la criatura, la envolvió con su vestido, y así la tuvo por tres días. La mamá se fue levantando de la cama, y para que la niña no llorara se la cargaba con el rebozo. Y cuando tenía dos meses, ¡fue a dar al suelo! La creyeron muerta, pero no fue así. Esa era yo y aquel fue mi primer golpe.

Ni sus hermanos la querían a la mamá. El abuelo, que no le hablaba a su hija, dijo que había nacido otra mujer, y que no servía para nada, que no se podía confiar en ellas. Él había querido mucho a su hija; decía, gritaba, que por qué había hecho eso... su madre también había estado sola, y nada había hecho... Por eso, cuando yo crecí, tampoco me quería. Cuando aprendí a leer, ni en cuenta me tomó...

No recuerdo muchas cosas porque... Pshshsh... Recuerdo las últimas porque él no me hablaba antes, por eso me llamó la atención. Yo pensaba, ¿qué será lo que

quiere el abuelo? Creo que sin saberlo me prometí hacer cosas que ni yo misma sabía que iba a poder... Como nunca me hablaba, con tal de que me tomara en cuenta, dije que estudiaría. Y él decía que yo estaba chica para entender, pero que me aprendiera las lecciones, que no se me olvidaran. Repetía que mi madre había hecho cosas que no se hacían; que yo no hiciera lo mismo; que a medida que creciera me buscarían los hombres, pero que yo no hiciera caso... Eso para mí era muy borroso. Mi abuelo murió cuando me empezaba a tomar en cuenta.

Mi mamá, después de mi nacimiento, se fue de la casa... a México, ¡quién sabe!, por *áhi*... A mí me dejó con ellos a los dos años, o menos creo... Hubo cambios muy bruscos, para ella, después de haberme tenido. Pero yo, entonces, ¡qué iba a saberlo!

Mi abuela era chaparra, morena, chata, de ojos rasgados, pelo negro; me regañaba mucho y, ¿cómo sería?, bueno, yo sentía que a pesar de que mi abuelo estaba retirado de mí, yo me entendería más con él, porque era más quieto, pensador, y decía que algún día algo se podría hacer.

7

Yo estaba acostumbrada a mis abuelos, a pesar de todo, a mis tíos, a la tierra de Olocuilta; jugaba, buscaba otras cosas, conocía los rincones. Creo que por ese tiempo sería el año cuarenta y tres, no sé bien, no estoy segura.

Entonces conocí a mi mamá, llegó de lejos. Era muy extraño para mí saber que ella era mi mamá. Fue peor, los palos más duros que antes. Decía que yo estaba muy desobediente, que me habían dejado mucho. Me pegaba... Yo menos la quería. Se fue otra vez.

Mi tío más chico se llamaba Miguel. El me comenzó a enseñar a leer, a escribir, a hacer cuentas, en libros que repartieron por aquel tiempo. En la casa había un reloj, y me enseñó los números.

Un día encontré en el sarso algo importante. Había visto un cajón que siempre estaba cerrado, cajón viejo. Quería saber qué había dentro. Logré abrirlo metiendo en la cerradura la punta de una tijera. La tapa se levantó y encontré muchos libros. Me pasaba largos ratos buscando los dibujos; recorté los cuadros. No pude leer todas las letras todavía. En uno había un señor muy chistoso. Yo buscaba a la gente que pasaba por el camino, a ver si se parecía a ese señor; nadie se parecía, nadie, quizá, sólo mi abuelo, por la barbita. Pero no podía preguntarle a la familia quién era porque había escondido el libro, me lo había llevado a la troja.

Lo veía en la troja, siempre que era posible, después de hacer las cosas, después de jugar. En eso, entró en la troja uno de mis tíos, y yo, asustada, tiré el libro al totomoxte, y ahí se fue el libro. ¿Qué vas a hacer?, le pregunté a mi tío. "Voy a quemar esto", me contestó. Nada pude decirle, y mi libro se quemó... No era muy fácil subirse al sarso. Cuando quise buscar otro libro para entretenerme, me dijeron que toda la noche había estado un nauyaque molestando. Luego guardaron muy bien

el cajón, porque un tío dijo que los ratones se habían metido y que todo se estaba echando a perder. Ya no supe más de aquellos libros.

Me empecé a entretener con una máquina de coser, hasta que ya pude hacer servilletas para la cocina, *delantarcillos* para mí, lavar la ropa mía, arreglar las plantas. Ahora ya podía cortar el café, no sólo recogerlo debajo de las matas. Y ya no me dejaban las cortadoras, ¡hasta me pegaban!

Mi tío seguía enseñándome las letras. Todas las tardes hacía yo una plana, si no mi tío me jalaba las orejas. Eso me daba mucho coraje. Me dejaba un libro para que copiara, pero yo ponía palabras sueltas, hacía un *revuelto*. De todos modos, no se fijaba y decía que estaba bien. Este tío me pegaba mucho. Decía que yo me entretenía nada más, que iba a ser como una señora Lola, que estaba loca. Yo le gritaba que él era el Lolo...

En eso regresó mi mamá. Me llevó un muñeco, cara de luna, blanco, rojo. Me llevó un vestido de cuadritos y cuello blanco: no me gustó, me chocó y me lo quitó. Ese mismo día me trajo mi abuelo una tela para vestido. Era roja, con flores rojas más claras y puntitos. Ese sí me gustó, y después mi abuela me hizo un vestido. Mi mamá era sólo una visita para mí; la dejé y me fui corriendo.

Recuerdo la Nochebuena. Le decían así al día en que nacía el niño. “¿El niño de quién?”, preguntaba yo. Era peor, porque me regañaban... “¡El Niño Dios!”, me gritaban. Pero, “¿Dios es un niño?”, volvía a preguntar. “¡No!, Dios nació.” Siempre hacía yo algo indebido. No me querían y yo trataba de ganármelos. Cuando iban a comer, procuraba calentarles las tortillas. Tenía yo ocho años.

En esa época fui a traer lima limón; se me clavó una espina; mi tío me la sacó, pero me lastimó cantidad, y me dolía... Grité toda la noche. Volvió a venir mi mamá, que estaba en Altotonga, trabajando. Me llevó con ella una semana, luego regresé a Olocuilta. Al año siguiente, vino ella en Semana Santa.

8

Mi abuelo decía que el río tiene una canción, y yo me iba a oírlo cantar... Decía el río: “Noooooooooooo... nooooooooo... nooooooooo...”, un *no* muy largo. Y detrás, algo se oía: “Aaaah. . . aaaah”, quizá una caída de agua. A veces el agua se veía amarilla, y luego roja en la tarde, y después, yo me quedaba pensando que el abuelo, o “papá” cómo yo le decía, tenía razón. El río cantaba con los colores.

Veía los pinos, con el aire se van de un lado a otro, diciendo que no. “Dicen que no”, me decía. Pero luego, hay temalcahuais, que tienen las hojas redondas y dicen que sí... Son como la gente: unos dicen que sí y otros que no.

Si mi abuelo encontraba un pedazo de madera, lo recogía, lo ponía en agua caliente, lo secaba y ya tenía un juguete; si encontraba una fruta chistosa en el monte, la llevaba, y esas cosas no le importaban a mi abuela, que no tenía encanto. Decía mi abuela: “Ya se me terminaron los zapatos.” Y mi’abuelo decía: “Con zapatos o sin

zapatos es uno el mismo... lo que vale es uno, no los zapatos." Y yo veía que podía entenderme con él. Decía: "Todos nacimos sin ropa: en la vida vale lo que uno hace y deja." Entonces, ¡aquí es donde se enojaba mi abuela!

A mi abuelo... mis tíos no le creían ni le hacían caso, decían que él soñaba mucho; para mí, lo que decía mi abuelo era cierto. Cuando murió, entonces mi abuela decía que yo era tan loca como su marido, que con razón terminó queriéndome. Eso fue mucho después, cuando, yo estudié más adelante. Decía que yo, a medida que era más grande, más me parecía a él. Terminó por darle la razón al abuelo, después de muerto; pero ella decía que éramos pobres y sin dinero, que cómo me iba a hacer ilusiones, a estudiar cosas que no valían cinco o veinte.

El abuelo decía que el campo es la vida del hombre. Yo le pregunté que si de todos, porque los de la ciudad eran diferentes. "De ellos también, porque nosotros trabajamos para que ellos coman." Y yo pensaba en qué cosa tenía la tierra para que nosotros comiéramos con ella, y en por qué los animales, como las vacas, no comían lo mismo y estaban gordas, daban leche, y uno todavía se tomaba la leche de las vacas...

Mis tíos decían que cuando la gente no se vestía como los demás, donde estuvieran, no la querían. "Si estuvieras bien vestida, con zapatos, serías una niña de la ciudad, y ya no parecerías *naca*."²²

Fue mi tío menor el que me llevó a la escuela. Entonces ya tuve que vivir con mi mamá, porque las clases eran en Altotonga. Y así la conocí más. Todavía no se moría mi abuelo, y en cada vacación regresaba a Olocuilta, a vivir en su casa. Se alcanzó a dar cuenta de cómo iba yo estudiando, y empezó a hacerse amigo mío. Una vez me dijo que "si alguien te manda a traer y te da dinero, no te quedes con él"; creo que lo decía del que era mi padre. Nunca vi a este señor, ni supe quién era.

9

En mi congregación no había iglesia. Los asuntos religiosos se arreglaban en el Cerro y en Zapotitlán. El cura iba al Cerro desde Mecacalco, que queda por Las Vigas; la mitá de un día se hace a caballo. Y las costumbres del casamiento son propias de Olocuilta. Si un muchacho quiere casarse, va el papá a pedir la muchacha a sus padres. Es el *pedimento*. Si aceptan, desde ese día lleva el muchacho cosas para la muchacha: alimentos, maíz para la cocina. Esto dura un tiempo, el que se fije.

Después viene el *asentamiento*. Vive el novio en la casa de la mujer, de la suegra; trabaja para ellos un tiempo: *veces* sale casado, y *veces* lo corren. Veces dicen los hombres que ya habían sido maridos de la mujer, la suegra siempre lo niega. Muchas veces, se va ese hombre y llega otro; con ese se casan, casi siempre chamacas, sin busto, flacas. Ya casadas, cuando tienen dos o tres hijos, se oye en ocasiones que las sigue otro hombre; ese hombre, generalmente, es el que las pretendía, sin haberlas ido a pedir, sin estar en su casa; es el que les

gustaba a ellas; luego se sabe que *andan por la milpa*. El otro está en su casa. A veces se da cuenta, y se va, pero regresa después.

En el caso de mi familia no pasó así, porque mi abuela y mi abuelo se casaron por la iglesia; mi abuela ya era una mujer grande, tenía veintiocho años, y mi abuelo también era grande. Ellos veían mal que se casaran criaturas de trece años, y pensaban que llevar un hombre a la casa era ser alcahuetes.

Veces, dicen que las mujeres se las apartan a algún hombre que tenga dinero. Si una niña tiene cuatro años y le gustó a un señor para su hijo, este señor dice: “Esta chamaca la caso con mi hijo cuando sea grande”. Y veces, así sale. Aquí viene que cuando yo nací, un señor Filemón, que tenía un hijo de tres años, y que conocía a mi mamá, le dijo: “¡Hasta que voy a tener con quién casar a mi hijo, con tu hija!” Se levantó mi mamá y lo siguió con una escoba, hasta la puerta. Ya no lo volvió a ver.

He oído decir que las mujeres deben casarse cuando más tarde a los quince años, y que los hombres deben tener mujeres a los dieciséis. Hace algún tiempo me encontré con una señora de Olocuilta y me preguntó cuántos años tenía. Después me dijo: “Ya se está usted pasando, porque una mujer está casada a los quince; es más fácil que tenga los hijos a esa edad que más grande; yo tuve mi primer hijo a los trece años.”

Me dijo que cerca de su casa vivía un hombre, y que este hombre la llamaba mucho, cuando no estaban sus padres, y le regalaba dulces. Ella iba. Hasta que, “pues, me metí con el hombre. Después me empecé a poner barrigona. Me empezaron a pegar en mi casa. Y nació mi niño, muy grande, que ni lo podía cargar. No sabía que metiéndome con un hombre, yo resultaría así. Hasta que a los quince años, me casé con Tereso, otro señor.”

Cuando una señora ha dado a luz una criatura, la sientan en la cama con su marido; a los dos los *human* con *copale*.²³ Luego, la señora le lava las manos a la que la atendió durante el parto. Así es en nuestra rancharía.

Después, ya viene el bautizo: matan guajolote o cochino, hacen tamales o mole. Se emborrachan...

Buscan que el padrino tenga dinero. Ya entonces, luego que se pusieron de acuerdo, hacen su viaje al Cerro. Después del bautizo, viene *la entrega del ahijado*. Se le dan siete mudas diferentes. El padrino lo carga y lo entrega al papá, a la mamá, a los hermanos, a los abuelos, a otros parientes. Después, la madrina baila al niño alrededor del tecuile; luego, se le vuelve a quitar la ropa, las siete mudas. El padrino ya cumplió con su deber. Y ya los hijos de los padrinos pasan a ser hermanos con el niño.

El chamaco tiene en su vida padrino de bautizo, padrino de confirmación, padrino de casamiento, padrino de levantamiento, padrino de escapulario, padrino de arras, de velación, de ramo... A todo esto, ¡ya no es chamaco! El padrino de levantamiento es el que lo levanta delante de un santo cuando se enferma de gravedad.

También hay otros compadres, los compadres de cruces, pues cuando se dobla la milpa se lleva una cruz, por invitación, y ya queda uno compadre con el dueño.

La comadre no puede acercarse mucho a su compadre. Se ve mal. Se dice que un

hombre tuvo cosas con su comadre... Ella se iba todos los días temprano, para su casa; la milpa se hacía a un lado para que pasara, luego se cerraba. Un día, le acarició la cabeza al compadre, y ya le estaban saliendo cuernos al hombre. Ella entró en la milpa, que se fue tirando; al compadre lo arrastró la milpa al mismo tiempo que se fue enrollando; se abrió la tierra y se los tragó. Por eso, los compadres se respetan.

Yo antes no entendía esas cosas, hasta después me di cuenta. Aquella señora que tenía una hija y era vecina, con la que siempre estaban enojados mis tíos y mis abuelos, resultó que era mala. Tenía muchos hombres, que la visitaban. Por eso no querían que yo fuera. En Olocuilta no era la única, había otras que venían de fuera. Y la gente contaba muchas historias sobre esas mujeres.

Decían que el *Ánima Sola*, la del tres de noviembre, no tenía derecho de disfrutar las mismas cosas que las otras ánimas, pues cuando estuvo sobre la tierra fue amante; a esa ánima se le prende una vela atrás de la puerta; todavía después de muerta esa persona, la siguen viendo mal. Hay que retirarse de ella, como cuando está sobre la tierra. En la comida de muerto, no disfruta lo que las demás almas, sino las sobras, lo último de la comida.

Las mujeres tienen el pozo donde se reúnen para lavar. Sus grandes conversaciones son las relaciones que tienen con los hombres... Hablan que no han *cogido*,²⁴ comparan el número de veces que cada una coge.

—“Fíjate que la María tiene otro hombre, y la espera aquí en el pozo, y dice que anda metida con él porque el Pedro su marido, no sirve... Y anda con el Efrén porque ese sí, para que veas...”

—Pues yo, sólo cada quince días...

—¡Ah!

Así platicaban, y así platican. Una muy descarada, de Isictic, tuvo muchos hombres... Vivió con el primero que se la llevó, le dejó dos hijos; después de ése, vivió con otro; luego, con otro; luego, con un tío mío; le gustaba vivir con jóvenes, cuando tenían unos diecisiete años; hacía cosas como ésta: juntaba en su casa al que había vivido antes con ella y al de después... Vivió con un tío mío, y años más tarde se encontraba con uno de los hijos de éste.

Pero en la congregación no es bien vista la que anda con otros. Cuando se muere, Dios no la recibe igual. Casi todas son de fuera. Parece que a veces les dan dinero.

En una congregación cercana hay un hombre muy raro... Vivió primero con una señora; después la corrió de su casa porque “no eran iguales”, pues él tenía más dinero; después se casó formalmente con otra, por la iglesia y todo; ya que estaba embarazada la corrió porque, según decían, el papá del señor tenía interés en ella. Se buscó otra, prima de la primera; después se llevó a la sobrina de ésta; luego a la cuñada de esta sobrina; después a otra parienta de ella... Por eso le dicen el *verraco*. Y en diferentes casas, unas juntas a otras, vivía con todas, y

todas se llevaban bien. Cada una de ellas atiende a las otras cuando les llega el parto. No se van con él mujeres que han dado su mal paso, sino chamacas de diecisiete años; se dice que él “les ofrece dinero”. La familia de su verdadera mujer vive con él. Es muy bravo y se dedica al cultivo.

A ese hombre lo ven muy mal en Olocuilta, porque la gente se preocupa mucho de esos asuntos. Hay muchos cuentos que tratan de cosas parecidas, o que pueden suceder.

Se dice que si los primos se casan, los hijos serán perversos. Son hijos del diablo. Los hermanos se deben respetar mucho, porque a veces se mete el diablo entre ellos.

10

Mi tío me llevó a la escuela de Altotonga. Viví entonces con mi madre.

La maestra era vieja, enojona. Daba la clase de cómo sembrar el maíz. Pero así no se sembraba, y yo se lo dije. ¡Peor todavía! Al mes siguiente me dijo que yo era insoportable. Me pasó con la maestra de segundo, me puso las tablas... pero yo no las sabía *cantadas* sino *revueltas*. Estuve como dos meses con ella, hasta agosto. Luego le habló a otra maestra, que era de tercero. Yo no entendía qué cosa era eso: “¿Por qué me traen de una maestra con otra? Me van a regañar”. Tenía entonces nueve años.

Acabé triste con mi mamá; estuve marzo, abril, mayo, con la profesora Lupita; junio, julio y agosto, con la profesora Etelvina; en septiembre, algo así, con la profesora Gudelia, pero no se lo decía a mi mamá porque me iba a pegar. Estaba triste entonces.

La profesora Gudelia hablaba de las cordilleras y yo no le entendía. La vi como que se le podía preguntar... Me dijo que vivíamos en el Estado de Veracruz, y que teníamos que estudiar sus límites. Así me lo aprendí de memoria.

Ninguna chamaca me quería, todavía menos las de tercero: me pellizcaban, me jalaban las trenzas, me ponían dibujitos en el pizarrón, intencionalmente me tiraban, me molestaban.

En las vacaciones de septiembre vino mi tío y me llevó para mi tierra. Yo no le conté que ya no estaba con la profesora Lupita, para que no me pegara... ¡Qué bonito fue regresar a mi tierra! Hacía lumbre con ramitas de pino, y olía muy bien. Veía otra vez los temalcuahuis, más oscuras las hojas; las chicas, hojas rojas y verdes. Duró muy poco. Volví a clases, era un martirio después de haber estado en Olocuilta... Me ponía sorda. La profesora Gudelia me decía que me apurara, que pasaría año. Yo le pregunté por qué había ido de un salón a otro, y me dijo que lo que yo sabía no lo sabían los niños más chicos, y que ésa era la causa, que no estuviera triste; al salir a recreo todos, yo me quedaba en el salón, y más se enojaban conmigo los chamacos: decían que yo era la consentida de la maestra. No era eso; no me gustaba el recreo.

Llegaron las vacaciones grandes... Regrese a cortar café, pero ya no jugaba... Mi primo ya sabía algo, le habían enseñado a hacer rayitas, apenas rayitas. Todo grande, todo hermoso lo veía, la tierra no era tan reducida como la escuela.

Al año siguiente, ya con la boleta, nos dijo la directora: "No van a tener profesora por unos días". Cuando llegó nueva maestra, nadie la quería. Era una de diecinueve años. Empezó a hablar de los cuerpos geométricos, más complicada su clase que las anteriores.

Mi mamá trabajaba siempre, de sirvienta; yo nunca dejaba de tener hambre. Siempre buscaba qué comer, y encontraba poco. Teníamos un cuartito horrible; comíamos tortilla, frijoles, ¡y ya! A veces le ayudaba en su trabajo: había unos *cuates*,²⁵ y yo los cuidaba. Ya sólo íbamos a la escuela por la mañana, y en la tarde cuidaba a los cuates, horribles. Le dijeron a mi mamá que debía ponerme a trabajar, que ya con diez años casi, servía para los mandados. Una señorita que cortaba le dijo que me llevara a confirmar. A mí me chocaba esta señorita, siempre la evitaba.

Con la profesora Conchita pasamos ese año, y al siguiente estuvimos de nuevo con ella. Todo seguía lo mismo: mis compañeros me daban de pisotones, me gritaban: "¡India!" ¿Qué querían decirme? No entendía la palabra. "¿Será porque vengo de las montañas?"

¡Quinto año! Todos decían: "Cuando yo salga de la escuela, mi papá nos va a llevar a pasear", "mi papá nos compró zapatos", "mmm, porque ¿ves?, estos se hicieron para gente como nosotras, no para indias como tú...", y seguían con lo mismo.

En quinto año se hizo un concurso. Querían premiar la mejor composición, dedicada a uno de los Libertadores de América. Yo tenía admiración por varios hombres, de los que nos habían hablado. Yo los quería. Quería a Zapata, a Juárez. De don Benito Juárez me llamó la atención cuando se fugó de su casa. No supe mucho de ellos en la escuela, pero los conocí.

La composición era sobre Bolívar. Conchita me prestó una biografía, y yo la leí. Hice el trabajo en papel ministro; se lo enseñé a la maestra... me dijo que estaba regular. Volví a hacerlo. Lo sometieron a concurso en esa zona. Entonces, el primer lugar fue para Guadalupe Castillo. Ese es mi nombre, pero en otra escuela había un niño que así se llamaba también... Fue una confusión tremenda. Los compañeros me dijeron: "¿Cómo crees que tú te lo vas a sacar, india pata tajada?" La profesora estaba furiosa por el enredo, quería que su grupo ganara. Hubo pleitos de profesores. La cosa se aclaró por el apellido materno del chamaco. Yo gané el premio. Ese trabajo lo mandaron lejos, y me dieron un diploma. Los muchachos gritaron que "hasta que iba a tener con qué hacer lumbre en mi casa". Y me tiraron el diploma. Le pegué a una chamaca y le rompí el vestido. Todo el grupo estuvo en mi contra. ¡Peor para mí!

Y vino el otro año, el sexto. Seguía Conchita de maestra. Y los compañeros decían: "Yo iré a la Secundaria", "yo me iré a México", yo haré esto, aquello... Y

yo pensaba. “¿Qué estoy haciendo aquí, si puedo estar en mi casa?”

Sólo en mi tierra podía comer, jugar, ir al arroyo; ahí era donde quería estar; había café, mucho café... Las vacaciones, como siempre las pasé en Olocuilta. Entonces, mi primo ya tenía nueve años, le di café a vender y él me lo vendió en Zapotitlán. Eran dos meses largos de estar libre: arranqué camotes, flores, hice muchas cosas. Era ignorante del nacimiento de los animales; por estar distraída con los árboles, con el río y con las estrellas, no me había fijado cómo nacían los cochinos o los toros.

Después de salir de sexto año descubrí lo que no sabía. Cerca del tanque, iba a nacer un becerro; al salir yo a traer agua, la vaca estaba volteada con la cabeza hacia mí. De repente, se volvió y ví la mano de un becerro que le había salido de atrás. Empecé a pensar, y ya ni traje el agua... Pensé que si así nacerían los cochinos. Había una cochina que tenía cochinitos, todos colorados. No supe cómo, pensé que si el becerro había nacido igual; y la yegua con su potro, ¿cómo lo había tenido?

¿Y los niños, cómo nacían los niños? Siempre oí que los traía una señora... Pensé, “¿nacerán igual que el becerro?” Y luego pensé si no sería que uno solamente creciendo los tenía. Eso me aterrorizó, porque decían las gentes: “Ya es grande, tiene doce años”. Iba a tener trece muy pronto, y me asustaba porque, entonces, ¡ya iba a tener niños! Haber visto la vaca me impresionó. Aquella vez, por eso, no me gustaron las vacaciones. Todo era feo para mí, no me explicaba cómo nacía uno. Oí decir que los niños los tenían las personas en el estómago; pero, ¿cómo?: Se ahogarian... Y si creciendo uno los tiene, eso era difícil, complicado.

Entonces, por ese tiempo nació un niño, primo mío... muy chiquito, se veía así; pero creo que en verdad no me importaba cómo nacía la gente; sólo me daba miedo de que al crecer iba a tener algún niño, pero no me importaba exactamente cómo.

Aquí viene algo que... ¡ay, ay, ay!.. Es algo *medio medio*... Es común, pero... no lo puede uno contar tan libremente... Empecé a notar que se me abultaba el pecho, y... como un dolor de los músculos, y me empezó a preocupar eso... Me volví dentro de mí misma. El abultamiento era muy lento, pero seguía... y esta cosa me preocupaba porque creía que la gente era siempre como uno la había conocido, y yo misma...

Me ponía los vestidos más apretados, porque pensaba, sin saber por qué, que me iban a regañar por ese abultamiento...

Llegó un momento, durante las vacaciones, en que toda la noche no dormí, me empezó a doler el estómago, dolor de cabeza... Lloré, no aguantaba el cuerpo: ¡Algo como pegarse en la cabeza, que zumba, como quedarse sordo, horrible, mal, muy mal! ¡Qué feo!

A la siguiente noche, lo mismo: tres días, lo mismo; para la cuarta, nada: Sentí algo mojado, y entonces me dormí; al levantarme, empecé a ver que me sentía húmeda la ropa. Estaba como desorientada y luego, despierta, vi sangre... Me asusté como con la vaca... ¡La ropa manchada..! Me quité la ropa... Creía

que me regañarían; la lavé, pero yo seguía igual, manchándola, y no me podía explicar eso.

Asustada, me fui al platanar, donde había una poza; me metí en el agua, y era igual, seguía siendo lo mismo, ¡no sabía qué hacer! Me iba por los paredones, escondiéndome.

Mi abuela notó que yo me aislaba más; procurabairme lejos, no tan al alcance; inventaba pretextos, ¡algo horrible! Me llamó, que me estuviera en la cocina. Yo procuraba hacerlo todo rápido. Ella notó que me iba al platanar. Entonces le dijo a mi abuelo que ya debía yo regresar con mi mamá, que me llevara mi tío. Un vecino tenía un hijo, alto, flaco, quizá de unos dieciséis años; se le ocurre al muchacho ir a amarrar un cochino, por donde yo me había ido. Al regresar yo, me encuentro a mi abuelo con una vara en la mano, ¡y me pegó! Cuando llegué a la casa, me regañaron mucho; me dijeron que qué hacía yo con el hijo de doña Caralampia... Yo ignoraba que él había pasado por ahí... Ya no me dejaban salir, y fue peor el miedo de que me descubrieran la sangre. Esa primera vez, me duró el tormento seis días. No me explico cómo, terminó... Pero al siguiente mes, lo mismo...

Regresé con mi mamá. Yo tenía una compañera muy grosera. La vi una vez como pensativa... Me acerqué con miedo y le pregunté si ella sabía por qué en uno aparecía aquella sangre... Me dijo que sí, y me contó que a ella también le pasaba, pero yo creí que era mentira.

En una caja de agua, oí lo mismo de otras mujeres, y eso quizá me hizo pensar que era común a todo el mundo. Me olvidé y no volví a preguntar.

A pesar de la vaca y de mis sustos con mi propia sangre, fue a la edad de quince años, quizá, que descubrí que las gentes tenían relaciones sexuales, por una compañera mía. Esto sucedió mucho después de lo que he dicho. Mi compañera me contó lo que ella vio después de la boda de su hermana. Se daba cuenta de sus ruidos, porque había una planta alta y una baja; ella ocupaba la alta, y en la baja vivían los casados. Las tablas, medio podridas, tenían agujeros, y así se dio cuenta. Me contó todo, lo mismo que a otras amigas. Esto fue en Altotonga. Yo decía que eran groserías. Al ver a ese hombre, sentía no sé cómo, asco. Después las amigas se hacían bolita, para hablar, y pensé que era el mismo cuento de la muchacha, y ya no me interesó reunirme con ellas. Más tarde, en la escuela, supe en clase, directamente con una maestra, la verdad de estos asuntos...

1 *Sangregao*; en otros lugares *sangregado*, *sangregrado*. Es el arbusto sangre de drago (*latropha olivacea*)

2 El *tecuile* es el fogón; los *tenamastes* son las piedras para sostener la olla; las piedras de lubre, tres o cinco.

3 *Chiltemolo*, piedra para moler el chile.

4 *Nixcome*, nombre del proceso de cocimiento del maíz; el cocido mismo.

5 El *tamolote* es un palo cilíndrico, de 50 cm., de guayabo o encino (maderas que no se curvan), que se emplean para mover el cocido del maíz.

- 6 *Tapixcón*, aguja para abrir la *troja* del maíz, hecha de hierro o de hueso, de manufactura casera.
- 7 *Pelillo*, la caña de azúcar tierna.
- 8 *Canteras*, piedras grandes.
- 9 *Huile*, plataformita circular en cuyo centro hay unos mecates cruzados; en ella se guarda la *cacala*, que es la tortilla dura, añeja, que luego se parte en trozos; en otros lugares, *totopo* o *totopozte*.
- 10 *Ubandelia*, regionalismo por *bugambilia*, o *veranera*.
- 11 *Xoloco*, nahuaismo regional que designa al tlacuache o zarigüeya (*Dedelphys mesamericana*); el análisis que de este término hemos realizado sugiere la idea de "estar preñada".
- 12 *Lisll*, "gavilancillo"; en Chiapas, *liklik*; en otros lugares, *lislique*.
- 13 *Sarso*, *tapanco*, desván de la casa campesina.
- 14 *Cabecera*, regionalismo por "almohada".
- 15 *Totomoxte*, hojas de maíz.
- 16 *Chacuaco*, especie de horno con chimenea, en el que se hace la teja.
- 17 *Acahuale*, hierbas parásitas; en otros lugares *acahual*, *acagual*, hierbas que crecen en las milpas abandonadas, principalmente; lugares donde crece mucha hierba. Nótese la diferencia semántica.
- 18 *Choloquitos*, nahuaismo de Altotonga, por *chayote* o *erizo*.
- 19 *Erizo*, el chayote, en casi todo el Estado de Veracruz y parte del de Puebla.
- 20 *Tecórral*, hibridismo, "corral de piedra", de *tet* "piedra", en mexicano en t; nótese que el acento grave del mexicano priva sobre el agudo del castellano.
- 21 Tema que hemos encontrado en diferentes zonas del país, cuando las mujeres estudiadas nos relataban sus experiencias oníricas; por ejemplo, en Tetela del Volcán, Mor.
- 22 *Naca*, mexicanismo despectivo por "india" (de la terminación *-naca*); en otros lugares se dice *meca* o *teca*, según el gentilicio.
- 23 *Copale*, *copal*, incienso.
- 24 *Cogido*, cohabitado.
- 25 *Cuates*, gemelos, mellizos. Palabra que se relaciona semánticamente (en un plano secundario) con *coetl*, "culebra", por la creencia de que las serpientes van por parejas. En náhuat se dice *cúat*.

